

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 22 DE OCTUBRE DE 1922

NÚM. 19.882

FILOMENA Y FLORENTINA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. GUTIÉRREZ-GAMERO, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



La verdad es que la muerte de aquella mujer habíame producido hondísima pena.

Mi vida era como un mecanismo perfecto cuyas piezas van marcadas por orden correlativo, sin que ninguna de ellas impida y descomponga el movimiento de las otras. Hábitos de hombre viejo, muy apartado de la trulla del mundo y muy hecho a encajar sus horas siempre dentro de un plan inalterable, veíame como el que pierde la memoria de un suceso por extremo influyente en su existencia y no acierta a encontrarla.

Aquellas sabrosas pláticas en su elegante gabinete, donde resaltan en la artística vitrina preciosidades que yo recogí en mis viajes por Europa y regalé a la sueña de mi albedrío, y en las tapizadas paredes cuadros originales de famosos pintores, que saqué de mi pinacoteca para que ella recrease su vista y recordase el rendido donante; aquellas mutuas confidencias nacidas de un amor dulce y tranquilo y arraigadas en el transcurso de los días; aquellas intimidades propias de dos almas que marchan parejas, sin pasar por ningún punto de duda ni tropezar en el más pequeño desvío, todo se fue como se fueron mis juveniles años,

cuando aún no había tropezado con el bienhechor asilo de un querer firme en que reposara mi vivir inquieto.

A poco del fallecimiento de su marido y amigo mío, Pepe Centellas, tuva que entenderme con ella por causa de intereses. Tratábase de un dinero que Pepe era en deberme, y como Filomena manifestase recelos acerca de la deuda, me apresuré a transigir, borrándola de una plumada, pues no quiero controversias de esta especie, y antes que pleitear con nadie doy lo que me pidan.

Este desprendimiento mío, a que, sin duda, no se hallaba hecha, la produjo grata impresión, y de aquí que nuestra amistad, antes de pura cortesía, se fuera poco a poco estrechando, hasta que yo, enamorado, tanto de su belleza como de su carácter, y ella, dejándose adorar complacida y aquiescente, dimos en una de esas conjunciones que llegan con menudos pasos, como corre el silencio.

Dolorosísima es la pérdida del bien que se tiene y dolorosísimo el derrumbamiento de las ilusiones; pero cuando esto llega en la casi vejez, el dolor se hace más vivo y más intenso. Entonces no queda otro recurso que confiar en el tiempo, esfumador de afectos y procurador de olvi-

dos, que anda muy despacio para el indigente y muy de prisa para el que no espera. ¡El tiempo! ¡Me bastará el que me queda para olvidar!

Muchas veces la propuse el matrimonio, no obstante mi poca afición al santo nudo, poca afición que me ha conducido al celibato perpetuo, y siempre ella—sin negarme su mano de esposa—iba aplazando el momento, quizás por el recuerdo del desenfadado Centellas, que la hizo pasar la pena negra, y aunque bien segura estaba de la diferencia que existía entre el marido difunto y el pretendiente vivo, hacíase atrás ante mis cariñosos requerimientos, redoblando entonces, en recompensa de tal actitud, sus atenciones a mi persona y sus cuidados de mujer amante.

Una vez, ya creí que cedía a mi ruego. En la Embajada inglesa conoció a cierto conde extranjero, venido a Madrid con cartel de conquistador irresistible y muy saturado de lecturas denigrantes, por sistema, de nuestras costumbres, merced a las cuales creyó que todas las mujeres españolas son pan comido y no hay más que llegar y pegar; prendóse de la viudita, la dirigió frases admirativas de su belleza en cuantos sitios pudo verla, y, sin obte-

ner respuesta favorable a sus insinuaciones ni darle ella pretexto con el más leve coqueteo, figuróse dueño y señor de la plaza. Para coronar su mal propósito se introdujo en las habitaciones de mi amada, mediante la complicidad de la doncella, y una noche, al volver Filomena del teatro, se le encontró nada menos que en su tocador, muy repantingado en un sillón y fumando cigarrillos.

El susto de Filomena fué tremendo; pero, ni corta ni perezosa, en cuanto conoció al intruso, gritó llamando a sus criados, y uno de ellos, mocetón robusto y muy adicto a su señora, cogió al atrevido conde y, a empellones, lo puso, primero, en la escalera, y luego, en la calle.

Al día siguiente me contó ella el lance, y, ¡claro está!, saberlo y echarme en busca de aquel mal nacido, todo fué uno; mas como transcurrieran veinticuatro horas sin dar con él, supe que se había batido con un diputado de mucho renombre, el cual, ciego de coraje, se precipitó sobre el sable de su contrario, que huyendo alargaba el brazo, y recibió tal herida, que murió en el acto. Inmediatamente al este lamentable suceso, el famoso conde salió de Madrid, y se quedó sin que yo le sentara la mano.

La invasión nocturna convenció a Filomena más que mis argumentos, y decidimos ir preparando nuestra boda, que se verificaría al mes de aquella fecha, tiempo necesario para que yo arreglase en París cierto asunto muy ligado a mi fortuna. Y encontrándome allá, recibí la triste noticia de su muerte, causada por un ataque gripal.

Cuando volví a la corte, el notario de mi adorada muerta me dijo que yo era heredero de todo su mobiliario. Hicéme cargo de él y lo llevé a mi casa, poniendo en un cuarto semejante a aquel donde se deslizaron nuestras felices horas todos los objetos que hicieron su encanto, para encerrarlos en él y allí llorarla sin que nadie me viese; que el dolor, cuanto más hondo, más debe ocultarse a las miradas de los indiferentes.

Y al registrar un cajoncito, depositario de los papeles reservados de Filomena, me encontré una carta de muy atrasada fecha y firmada por Florentina. ¿Quién fuese esta Florentina? No recuerdo tal nombre entre los de sus amigas. ¿Un seudónimo convenido entre ambas? No lo sé; pero de lo que estoy seguro es de que don Serapio Gobiendes, el sabio catedrático a quien se me menta en la epístola, si ha existido, se llamaba de otra manera. No así Pepe Centellas y el primo militar, a quienes conocí y traté.

Leí varias veces la carta de la señora de Gobiendes; me agradó su sinceridad y pintoresca expresión, y ahora la publico, porque, burla burlando, alguna enseñanza encierra.

Mi pobre muerta no ha de llamarme indiscreto, y en cuanto a doña Florentina, si anda por este mundo, que me lleve a los tribunales por haber violado su correspondencia.

Querida Filomena: El caso que consultas es peliagudo, y, para resolverlo en razón y justicia, voy a hacer un resumen de él, a ver si he atado bien todos los cabos.

Te casaste con Pepe enamorada de verdad, creyendo de buena fe que en el matrimonio el hombre y la mujer ponen igual parte de fidelidad y constancia. Transcurrieron los primeros años de dulce coyunda sin el menor tropiezo ni la más pequeña desavenencia. Tú eras toda arropía, y Pepe guayaba pura. La vida que hacíais, un perfecto idilio. Tu marido, en casa en cuanto le daban la hora en la oficina, sin más tardanza que la que existe entre el Ministerio de Hacienda, donde Pepe preparaba las pragmáticas que han de hacer felices a los españoles, y la calle del Barquillo, número 27.

Tú, esperándole, ansiosa de reanudar la última caricia, como prueba del no interrumpido amor. Luego, la refacción cotidiana; después, a casa de los papás para saborear los placeres familiares; más tarde, un paseito, siempre muy pegada al cónyuge adorado, no sea que se escape; por la noche, al teatro, cuando toca el abono, o en sabrosa plática de sobremesa hasta que el sueño rinda, y así sucesivamente un día detrás de otro.

Pero viene la agradable circunstancia de que un amigo adinerado de Pepe funda un Banco, en el cual son necesarias personas inteligentes que sepan idiomas, contabilidad y no sé cuántas cosas más, con el aditamento de que tengan buen envase, o sea estampa presentable, y como tu marido conoce íntimamente el francés y el inglés, en punto a cuentas es un Pitágoras y con respecto a buena pinta se puede codear con los más gallardos, he aquí que el del Banco le da un buen puesto, con satisfactoria remuneración y de primera categoría. ¿Rechazar semejante prebenda? ¡No faltaba más! Con el importe del sueldo del Ministerio y el del naciente Banco se componía una redonda suma, que os venía de perilla, puesto que

el vivir siquiera holgadamente cuesta hoy un ojo de la cara, y de valores de curso en plaza estabais ayunos.

Claro es que con el ajetreo del Banco al Ministerio y del Ministerio al Banco, aquí cierto un balance y allí despacho un expediente, Pepe tuvo que mermar las horas que antes te dedicaba, y las soledades que por tal motivo sufrías las pasabas haciendo labores de aguja fina, leyendo algún libro de entretenimiento o dedicándote a matarlas por medio del visiteo a la familia o a los amigos, sistema que escaseaba, porque te molestaba y enfada salir a la calle sin el editor responsable.

No tienes que esforzarte para que yo comprenda cómo te contrarió el cambio, y más cuando tu marido volvía de su diaria labor, no con aquella antigua frescura de su espíritu, sino preocupado por causa de los asuntos bancarios, pues por los del Ministerio nunca le viste cariacontecido. Tampoco necesitas decirme que si alguna vez mostraste a Pepe tu pena, derramando la oportuna lagrimilla que pide sabroso consuelo y paño de reconciliación placentera, tu marido te expuso, antes del paño y después del paño, argumentos probatorios, a fin de demostrarte que tu queja no tenía fundamento.

¿Qué habías de hacer sino conformarte y buscar la compensación de la falta con la sobra del cariño en cuantas ocasiones se presentasen?

Pero sucedió que un día llegó a tu casa, estando Pepe ausente, un oficial judicial requiriéndole para prestar declaración; que a ti, asustada por lo que rezaba el papelote, se te ocurrió ir al Banco en busca de tu cara mitad, y te dijeron que el señorito estuvo unos minutos y se marchó, diciendo que no volvería. Tornaste, mustia, al domicilio conyugal, y tu sorpresa fué tremenda cuando, al preguntar inocentemente a Pepe por el empleo de su tiempo, te dijo que no se había movido del famoso Banco; y como la primera mentira es la que se traga con más dificultad, ésta no te la tragaste, a pesar de que Pepe juró y perjuró que estaba en su Banco resolviendo un complicadísimo problema de arbitraje, encerrado en el cuarto donde se fraguan tales misteriosas operaciones, por cuyo motivo de la encerrona los dependientes se equivocaron, creyéndole ausente.

Te quedó en el alma un poco de desconfianza, porque si aquellos te dijeron que Pepe no volvería, ¿cómo explicar equitativamente tan garrafal? Para convencerte de que no había reincidencia ni pretextos arbitragistas, diste en el remedio de ir todos los días al consabido establecimiento, a la hora de salida, en busca de tu oíslo, y, ¡claro!, éste, adviniendo la flor, ya no faltó ni una sola vez, y tuviste el gusto de recogerle cual si fuera una descarriada ovejuela.

Vinieron luego los trabajos nocturnos; no los nocturnos que tú *pianoteabas* a costa de Chopin para agradar las orejas de Pepe en las noches invernales, cuando teníais que quebrar el frío exterior con el abrigo del caliente hogar, sino los trabajos que los múltiples negocios del Banco demandaban, imposibles de realizar durante el día por causa de su abundancia. Toleraste la *nocturnidad* a regañadientes, pues no era cosa de que tu marido renunciase al lucrativo puesto para doblarse a los pueriles caprichos de la señora; y con la condición de aspiar las ausencias, de suerte que no fueran más que en pocos e imprescindibles casos, convinisteis en que las noches de ausencia iríais a casa de tus señores padres en espera del trabajador.

Pasaron los meses en tan apacible pacto comutativo, sin nubes que los empañasen, y te creíste en las dulces aguas de un mar sereno por los siglos de los siglos, cuando he aquí que cierta vez una amiga indiscreta, de las que están destinadas por la divina Providencia para hacer un

favor al prójimo, va y te sopla—naturalmente, con objeto de que le vigiles—que Pepe se suele pasear algunas noches por los altos inmediatos al Hipódromo, entre once y doce, con una hembra de baja estrofa—como decía un profesor famoso—, o *séase* de medio pelo, aunque guapa y garbosa de suyo. Y tú, que te le figurabas sumido en cálculos aritméticos, coges el cielo con las manos y te quedas como quien ve visiones. ¿Qué partido tomar ante noticia tan desagradable? Maldito el caso que hubieras hecho de la tal si no fuese porque se te vino a las mientes lo del Banco, y puesta a desconfiar, por lo que llovía sobre mojado, creíste a cierra ojos el relato de la *cuidadosa* amiga, y te volviste tarumba pensando de qué manera lo comprobarías. ¿Acudir a una oficina de investigaciones, de esas que por un *tanti cuanti* hacen veces de policía? De ningún modo, porque si salía verdad el cuento de la chismosa, ponías en ridículo a tu marido, y siempre, verdad o mentira, dabas dos cuartos al pródigo. Lanzarte a los altos del Hipódromo entre once y doce de la noche para espiar al presunto infiel, lo rechazaba tu dignidad. ¿Hacer a un sirviente cómplice de tu recelo, a fin de que ejerciese de detective? ¡Todavía peor!

Así los sucesos, adoptaste la resolución de aguantarte y tragar quina, que es el único remedio cuando no se puede hacer otra cosa y que tiene la pequeña ventaja de dar tiempo al tiempo en espera de lo que venga. Pero la dicha inicial de los primeros días del matrimonio por amor, ¡ay!, se te fué, y se fueron también tus ilusiones como *hojas desprendidas del árbol del corazón*, que dijo el poeta.

Otra de más reja que tú, habría disimulado su legítimo malestar, aguardando mayores y más fehacientes pruebas que te diera de sus devaneos el *casquivacu* de tu marido; pero tú, que en estos asuntos del sentimiento calzas muy desmedidos puntos, sin atreverte a decirle cuatro frescas, le mostraste un marcadísimo desvío, por donde él se tragó la píldora de tus recelos y redobló sus atenciones y caricias, creyéndolas seguro y eficaz diluyente de la *escama* que tuvieras.

—Pero, señor—decías para tu interior caviloso—, ¿es posible que este hombre tan amante, al parecer, tan atento a realizar mi menor capricho, que hasta por complacerme ha dejado de emplearse en el arbitraje nocturno en su condenado Banco, y que centuplica ahora sus *minutos* al igual del día de nuestra boda, los reparta entre mi persona y una pelandusca que, de seguro, ná a cien leguas valdrá lo que yo valgo?

¡Ay, querida amiga! En esto del reparto te podría decir mucho y sabroso. Has de saber para tu gobierno, inexperta joven, que el amor y sus derivaciones no son como un tesoro que se lleva dentro para gastarlo nada más que en sazón y punto, o sea con número y medida; pero como tesoro, cae bajo la acción del más desenfrenado derroche o de la más cicatera parsimonia, poniendo, naturalmente, entre estos dos extremos el término medio, de que sólo hacen uso moderado los *cucos* y los avaros. Puede esto clasificarse de diversos modos. Hay amor *absorbente*, porque absorbe sentidos y potencias, y en los que lo padecen perdura sin vaivenes de ahora sí y luego no; te citaría mil ejemplos desde Dafnis y Cloe hasta los que se suicidan y piden que los entierren juntos: éstos son muy contados. Hay amores de pura fantasía, que se suelen denominar *platónicos*, que brotan en las imaginaciones románticas y de allí no pasan: éstos son rarísimos, pero muy propios para que de ellos tomen pie los poetas y los novelistas. Hay amores *por venganza*; ejemplo: ella, para que

rabie el infiel, y él, para dar picón a la traidora, si antes no se toleraban, ahora se unen en dulce consorcio, como el Filisteo se une al Amalecita. Los hay a *plazo fijo*, porque, según el tiento del bolsillo, se saca el tiempo que han de durar: éstos son bastante frecuentes y algo de importación. Los hay *veleros*, porque giran como el artefacto que se coloca en lo alto de las torres, y no se estacionan. Los hay..., ¡qué sé yo, incauta amiga! Como el amor toma diversas formas, porque nace de los jugos afectivos que radican en la naturaleza humana, y cada hijo de vecino dispone y distribuye los suyos como le pide el alma o el cuerpo, me pondría a hacer clasificaciones y no acabaría nunca.

¿Que en cuál de ellos coloco a Pepe y le pongo el marbete, lo mismo que a las botellas para que se conozca su contenido? Ya te lo diré al final de esta carta.

Sin que te explicases el motivo de la preferencia, sucediéronse días y noches, y ya creías pasada la fiebre erótica de tu marido, pues uníase a ti más tiempo, ajeno a taimerías inexcusables; y aconteció que, hallándote en un palco de cierto teatro, presenciando un espectáculo de *variétés*—vamos a decirlo en la jerga cursi que hoy se usa—en compañía de tus amigos los de Cifuentes y al presentarte en las tablas la *canzonetista*, *cupletista* o *tonadillera* de moda, un joven, que estaba en el palco vecino al tuyo, preguntó a otro:

—¿Por cuenta de quién corre ahora la Fulana?

—Pues por cuenta de Pepe Centellas—responde el interpelado, en voz baja, aunque bastante clara para que llegase a tus oídos.

—¡Chico, has metido el remo!—dijo un tercero.

—¿Por qué?—duplicó el preguntón.

—Pues mira...—intercaló un cuarto, mostrando de reojo y disimuladamente tu preciosa persona.

—Hombre, te diré...

—Ni una palabra más, porque con azucar está peor—interrumpió el preopinante.

Y se callaron. Pero tú, que tienes un aparato auricular de privilegio, te enteraste c por b de la plática, y de buena gana hubieras convertido en arma arrojada los gemelos, para tirarlos a la cabeza de la Fulana que *cofría* por cuenta de tu Pepito, y así hacerla un buen chichón o descalabradura.

En realidad, el mal proceder de tu marido, cuya conducta era pública y notoria por lo que viste, pedía una explicación seria, pues ya el vaso de tu paciencia rebosaba, y perdida la fe, y con la fe el amor, imponíase la ruptura inmediata, quedándose Pepe en su casa, tú en la de tus padres y Dios en la de todos. ¿Contarles primero a aquellos las liviandades de tu Pepe? ¿Lamentarte con tus amigas? ¡De ninguna manera! Y en esto acertaste, porque la mujer que pregonara el desvío de su cónyuge o denigra a su gente, ni excita la compasión ni obra en su pro.

Ello debía ser no más tarde que al momento, para lo cual, armádotte de un coraje muy impropio de tu carácter dulce y pacienzudo, al volver del sitio donde supiste el engaño y ponerte frente a frente del infame, volcaste tu enojo, lágrimas entre penas, y le dijiste cómo estabas decidida a separarte. Entonces, Pepe, que, además de otras bellas prendas, posee notables actitudes de actor dramático y una labia lubricante (y no hablo de su distinguida envoltura, muy influyente en todo paso oratorio), te hizo una escena de justificación verídica: puso a Dios por testigo de cuán infundadas eran tus quejas y cómo tenían su origen en la envidia de las gentes o en apariencias engañosas. Por último, y viendo *h. decio* te

ánimo, apeló a la sensibilidad lagrimeante, papel que sabe representar a las mil maravillas, y tú, ¡claro!, ¡qué habías de hacer!, temiste un duelo entre el pollo del palco y Pepe (tales bernardinas echó éste por su boca), caíste en la red cual una inocente quisquilla, firmasteis las paces y... hasta otra.

¡Otra que tall! Y la otra fué tu amiga Jacinta Ozores. ¡Qué mujer tan encantadora, tan fina, tan elegante, tan cándida, tan incapaz de romper un plato! Se metió en tu casa con motivo de ser tu compañera en la Junta del Asilo de Huérfanos de la Santísima Trinidad, y se metió en tu corazón, merced a su carácter virginal, ignorante de apremios amorosos y ajeno a toda clase de maldades, y tanto congeniasteis, que no te podías pasar sin ella. ¿Cabo de la liviandad de tu marido? ¿Posible que Jacinta se desmolviera por el trato al diario con el simpático debelador de mujeres? ¡Ni por asomo!

Pepe y Jacinta se veían de la misma manera que se ven dos personas cuya convivencia no pasa de una tranquila amistad, y si se notaba algún ligero desvío, era por parte de la muchacha, no que de Pepe. Por la tuya, huelga decir, querida Filomena, que durante muchos meses tu hogar te pareció trasunto fiel del lejano Paraíso. Un maridito muy casero y muy cariñoso, y una amiga del alma que halaga tus gustos y que parece prendada de ti.

Pero el hombre es fuego y la mujer estopa, y viene el Malo y... sopló. Y la llama te dió en los ojos por una pícara combinación de espejos, de los cuales las hembras previsoras que se introducen en casa ajena con propósitos pecaminosos deben mirar cómo se reflejan mutuamente, y por cuán diabólica manera lo que al uno hiere el otro lo duplica, cual si fuese cómplice comunicante. Ello fué que al entrar en el despacho de Pepe, donde hay un espejo sobre la chimenea, y abrir la puerta que da al comedor, donde existen dos, viste cómo en una pieza separada de éste por otra habitación, también con espejos — porque tu casa parecía una sucursal de Saint Gobain — tu marido y Jacinta se daban un rápido beso.

Adiós el almuerzo que iba a comenzar. Sin decir palabra ni hacer aspavientos, fuiste a tu cuarto, te pusiste el sombrero, y a la calle, a la casa paterna, para contar tu cuita con pelos y señales; cuita que oyeron, pesarosos, tus padres, aconsejándote, después de maduro examen, que te reintegrases a tu domicilio y que hicieses la vista gorda, en espera de ulteriores resoluciones y cual si no existiesen en el mundo espejos traidores.

Jacinta, que se percató de lo del reflejo, no volvió a poner los pies en tu casa. Tu marido continuó tratándote, sin dar importancia alguna al beso de marras; pero tú, con este último disgusto, tomaste a Pepe una muy legítima aversión, digamos tirria, y aquí entra lo gordo.

No era gordo el recién llegado, sino delgadito y esbelto. ¡Y qué bien le caía a tu primo Ramón el uniforme de capitán de Húsares de la Princesa! ¿No es este pariente tuyo el Ramón, decidor y buen mozo, que te hacía el amor durante las vacaciones de que gozan los cadetes cur-

santes en Valladolid? Me parece que sí.

Pues, como iba diciendo, llegó tu primo a Madrid, destinado al Ministerio de la Guerra; todos le recibisteis con palmas; frecuentó tu casa con la asiduidad y confianza que autoriza la primacía, y al instante se enteró de los devaneos de Pepe y de tu situación pasional. Hombre muy corrido en aventuras galantes, práctico en el conocimiento del eterno femenino y conquistador de profesión, de los que saben esperar una favorable coyuntura para aprovecharla, te puso los puntos — perdona la frase vulgar — con arte exquisito. Quiero decir que no descubrió su fuego burdamente, a trompa y talega, empezando por compadecerte, contándote luego las hazañas de Pepe y ofreciéndose después como lenitivo de tus desdichas y consuelo de tus desengaños, me-

lejanías del recuerdo, fué Ramón tejendo alrededor de tu espíritu una red de sutilísimas mallas, con la esperanza de que te enredases en ellas.

La táctica de tu primo es tan vieja como andar a pie, y suele prender, como a ti te ocurrió, en las mujeres poco enteradas de los artilugios masculinos, si, además, no están verdaderamente enamoradas de su pareja, pues cuando lo están en cuerpo y alma, no hay desafuero sin perdón ni infidelidad sin disculpa. Este es mi hombre — dijiste al crearte bien cogida —. ¡Ah! ¡Si no fuera porque mi conciencia de mujer honrada me impide caer en el bochorno del adulterio! ¡Cuán pronto hallaría en el amor de Ramón, tan igual a mí en espíritu y materia, el complemento de mi apasionado querer! — duplicaste para tu sayo,



diante un amor verdadero y sin vuelta de hoja. Todo lo contrario.

En vuestras largas conversaciones (porque si tú perdiste tu confianza en Pepe, éste siempre la tuvo en ti a cierra ojos) habidas en tu propia casa, siguió Ramón el sistema que más podría influir en tu carácter. Pepe era una excelente persona, un corazón de oro, pero incapaz de hacer feliz a una mujer llenando de amor su alma, cautivándola a cada hora y a cada instante por modo tan firme que experimentase la sensación de lo que nunca ha de concluir. Ello se fundaba en que Pepe carecía en absoluto de sentimientos puros, y su voluntad iba a merced del deseo y de la ocasión; pero, honrado y caballero, jamás faltaría a la consideración debida a su esposa, para él la primera entre todas las mujeres. Intercalando en las filigranas de un verbo persuasivo, a la par de disculpas hacia la conducta de Pepe, su manera de comprender el amor y de sentirlo; algo, muy cautelosamente espaciado, de cómo la única pasión de su vida se truncó en flor, cuyo suave perfume aún le llegaba en las

Para dar el salto mortal de lo lícito a lo prohibido ya no te faltaba más que la ocasión que se presentara y la osadía que Ramón tuviese. Pero desengañate, querida Filomena: la mujer que espera la ocasión de pecar, aunque el pudor la vaya aplazando, debe considerarse definitivamente perdida.

¿Distes el peligroso salto? No, por fortuna tuya. Ya estabas a dos dedos de darlo, cuando en una fiesta cinegética sale Pepe herido en la cabeza por perdigones que debían ir a otra parte, y de la función vuelve a su casa maltrecho, muy propio para que el médico le cure y tú le cuides. Se despiertan tus sentimientos caritativos, funcionas de hermana de la Caridad (de las virtudes teológicas la más verdadera, porque es al contado), y como ello coincidiese con la ausencia de Ramón, reflexionas durante las horas de vela; la duda te invade, y se te ocurre coger la pluma, decirme tus penas y consultarme.

Te voy, pues, a dar mi consejo; pero antes oye mi historia, que tomaré un poco de atrás para que, con lo que sabes

de mí y lo que voy a referirte, la conozcas de pe a pa:

Huérfana de padre y madre a los dieciocho años y sin otros recursos que los que me proporcionase mi inteligencia, me dediqué a dar lecciones de francés, de música y de labores casa hita, quiero decir yendo a casa de las discípulas que me caían, porque ni abrir escuela en mi domicilio ni ponerme a acompañar jovencitas al uso actual, o señoras de edad provecta, me agradaba, dado mi carácter independiente y poco propicio a caprichos ajenos. Por fortuna, las enseñanzas que me proporcionaron mis padres y mis aficiones literarias, que nunca salieron de mis adentros, bastaronme al honesto fin de ganarme el pan diario, horro de bochorrosas conjunciones. Así llegué a los veinticinco, querida y respetada por cuantos me trataban; pero la vida solitaria me iba siendo enojosa, y cuando, después del ajeteo diurno, me metía en mi cuarto tercero de la calle de Tudescos, harta de desbrozar cerebros virgenes, entrábame un desasosiego como si mi espíritu pidiera alguien junto a mí, de ninguna manera por obra de pecaminosos pensamientos, sino para satisfacer necesidades del alma.

Que no pocos hombres me hicieron la corte, ya lo supondrás. No tengo, como tú, mil gracias esparcidas por mi rostro, ni mi cuerpo se asemeja al de la Venus de Milo; mas, tomándome en conjunto, poseo un físico aceptable y hasta atrayente, según mis cortejantes. Por desgracia, unos, que me buscaban para que con mi trabajo ayudase al suyo, y otros, pedigüeños de unión a media carta, todos recibíeron comedidas calabazas, cuando en un Congreso, entre pedagógico y literario, al cual asistí en Roma, trabé afectuoso conocimiento con el sabio profesor don Serapio Gobiendes, hombre de sesenta y tantos años, honra de la ciencia, con fama de austero por los cuatro costados y filósofo a macha martillo.

Al pie del grupo de Laocoonte, comunicándose nuestras impresiones estéticas, que iban parejas, echamos de ver la coincidencia de nuestro juicio; luego, la fuimos ayudando en frecuentes y más diluidas pláticas, con mutuo y especial contentamiento, y al fin de temporada tan dichosa — dos meses duró —, él, sin alguien que le cuidase, y yo, sin puntal que me sostuviera, acordamos unírnos en *facie Ecclesiae*. Y ya tienes a tu entrañable amiga Florentina hecha la señora de Gobiendes.

Y no creas que me lancé al matrimonio a tontas y a locas y sin haberlo pensado mucho; porque al casarme perdía mi libertad, aquella santa libertad, complemento y parte integrante de mi ser. Pero, prescindiendo del malestar que me causaba mi solitario vivir, a que antes me he referido, el andar de ceca en meca, subiendo y bajando escaleras, sufriendo las malas caras de los papás cuando la niña oía mis lecciones como quien oye llover, tolerando que algún sesudo varón me hiciese proposiciones atrevidas al verme callejera, cual si fuera perro sin amo, y otras cosas que omito para no cansarte, hicieronme pensar que aquella situación debía tener fin.

Entre los mencionados cortejantes a los que dediqué las supradichas cucurbitáceas, hubo, sin embargo, uno que me tuvo en vilo y en la pendiente de otorgarle el sí rotundo. Era un guapo chico, literato de profesión, autor de muy bonitos sainetes, por quien tomé algún interés, prendada de su garbo y de su ingenio. El, por su parte, se mostró muy rendido a mis bellezas físicas y morales, y en un tris estuvo que yo perdiera el tino. Pero me asustó la vida bohemia a que me hubiera llevado el sainetero, y, francamente, salir de Málaga para entrar en Malagón no encajaba en mis planes. Hoy estreno aquí, y mañana estreno allá. La compañía va a debutar en Zaragoza o en Vitigudino; mi marido se va con ella, y yo a su verita, para que no se me distraiga con la primera dama. Pues si la obra sale bien, a seguir de reata para recibir más aplausos, y si sale mal, a volverse a Madrid a cobrar nuevos ímpetus, que es el cobro más fácil. ¡Y qué de chismes y qué de chinchorrearías!

Cortésmente me retiré por el foro, y en mi torre de marfil continué hasta llegar al pie del grupo de Laocoonte. Gobiendes era el hombre que me convenía. Nada de vacilaciones. Mi matrimonio con él venía como anillo al dedo.

Mi vida cambió en absoluto. Ya no podía quejarme de la antigua soledad. Sin contar con que mi marido me acompañaba siempre que sus ocupaciones lo permitían, nuestro hogar (un caserón viejo, atestado de libros, que olía a rancio) era, la mayor parte de las noches, obligada reunión de jóvenes gobiendistas, que iban a discutir con el maestro temas científicos y armaban sapientísimas controversias, eso sí, con sosegado discreto y templada voz, porque allí nadie alzaba el gallo para no empañar la serenidad del ambiente, como cumple a todo filósofo que se estima.

A estas reuniones, que hubiera envidiado el mismo Sócrates, érame permitido asistir en clase de oyente, y yo no las desperdiciaba por ver si de aquellos didácticos discursos se caía alguna migaja que pescase mi intelecto; pero, si he de decirte la verdad, lo que solía pescar era un sueño montañés y muy poco científico. ¡Figúrate que una noche discutieron largamente si el *idioplasma* es o no la porción activa del *plasma celular*!

Haciendo caso omiso de estas chifladuras de mi marido, su carácter dulce y de buen componer, su generosidad en materias crematísticas y sus distinguidas maneras, venían en compensación de nuestra diferencia de edad, con la cual dábame por contenta y hasta enorgulliciéndome de ser la esposa de un hombre cuyas campanillas científicas sonaban en toda España. Su único defecto, bastante garrafal, era la *corrección*. Para don Serapio Gobiendes era incorrecto hablar demasiado alto; incorrecto no poner cara impasible aun en la fuga de cualquier justo enojo; incorrecto no fingir cuidadosa atención, como si te interesase mucho, al discurso de un amigo, aunque te estuviera diciendo simplezas; incorrecto reírse demasiado; incorrecto mostrar admiración por cosas que no lo mereciesen mucho... En fin, querida Filomena, si fuésemos a hacer un protocolo de lo que mi marido juzgaba *incorrecto*, sería el cuento de la buena pipa.

Por lo demás, ¿dónde hallar un compañero tan cómodo como Gobiendes? Casero, al igual del tuyo cuando lo de Jacinta Ozores; generoso, siempre *correcto*, muchas horas de amigo y poquitas de amante. ¿Qué más se pueda pedir?... Pues sí, señor. Se puede pedir más, porque al austero, al sabio, al metódico y menudito varón, que hablaba bajo para no descomponer la serenidad de la naturaleza, predicador de *ética trascendental*, le... ¿A que no adivinas, así ca-

viles un siglo, el flaco de Gobiendes? Pues su flaco era que le gustaban las criadas. Como te lo estoy escribiendo.

La casualidad hizo que me enterase de su mal gusto, y me quedé turulata y me hice la tonta para evitar un escándalo; me tragué la intención de pedir una noche la palabra en el *sanhedrin* filosófico y contar las mafias del maestro a sus embaudos discípulos; puse en la calle a la Dorotea, luego, a la Tomasa, y luego, a la Pepa, hasta que me cansé de desacomodar *doncellas*.

Te gustaría seguramente que te contase detalles... Mi pluma se resiste a estampar estos detalles; pero imagínate que te hallas a mi lado... Así. Ahora pega a mis labios una de tus preciosas orejitas... ¿Estamos?... Ahora escucha mis palabras... ¿Las has oído?... Pues ya te encuentras al cabo de la calle, porque no me cabe duda de que, por un fenómeno

hueso; descansé largo rato, y en cuanto fué posible, a Madrid, a mi casa.

Como es lógico, el médico continuó prestándome su asistencia; le cayó en gracia a mi marido, y, de visita en visita, fuimos él y yo metiéndonos en amistad, al principio ligera, pero luego más honda, porque el preinserto (a quien pondré de nombre Fortunato, para no decirte el suyo verdadero) era de los que atraen y subyugan.

¿De qué manera fué ello? No te lo sé decir. ¿Afinidades del alma? ¿Conjunción de sensibilidades? ¿Unión de fuerzas emotivas que andan dispersas y de improviso se encuentran? Lo que sí te aseguro es que lo que yo nunca hube sentido, sentí por Fortunato, y, para decir verdad, ambos nos encontramos en el mismo punto, cual si nos hubiéramos dado oportuna y agradable cita.

Mi médico estaba separado de su mu-

llegar a este punto de mi carta se te viene a los labios la pregunta de si di el salto mortal. No lo di ni siquiera con la intención. Respetos de mí misma, pulcritudes de mi ser íntimo, pudores nativos que existen en todas las hembras, a menos de tenerlos prendidos con alfileres por obra de malos ejemplos o perversas enseñanzas, ejercieron de muralla infranqueable. Y así las cosas, mi marido se marchó a Buenos Aires para dar conferencias, llamado por los intelectuales de aquella hermosa ciudad.

Me quedé campando por mi voluntad, y, ¡pásmate, querida Filomena! La ausencia de Gobiendes levantó más alta la muralla referida. ¿Cómo darte exacta y valadera razón de por qué cuando me vi sola se afirmaron más en los rincones de mi alma aquellos respetos, pulcritudes y pudores? No lo sé. El marido presente me pesaba con el peso de sus extravagancias de sabio perpetuo, de su corrección *didascálica*, de lo que abruma y muele el roce constante, hasta la muerte, con una persona cuyos sentimientos no están soldados con la fuerte soldadura del amor. El marido ausente era como la expresión del último deseo, de la postrera voluntad del que se va para nunca más volver, voluntad y deseo que yo me propuse respetar como si tuviesen al pie la enrevesada firma de un notario.

Porque precisaba aclarar la situación, llamé a capítulo a Fortunato, y en nuestra última entrevista, sin ambages ni rodeos, le dije lo que sentía y cuál era mi definitivo propósito, que acogió resignado, dominando su inmensa pena. Un fuerte apretón de manos, y acabó nuestro idilio.

Te he relatado la historia del suceso más grave de mi vida, por lo que tu caso y el mío se parecen (aun cuando creo que entre tu primo Ramón y Fortunato media un abismo), para que veas cómo una mujer cogida por el amor sincero y respetuoso de un hombre excepcional sabe poner el deber delante de la pasión. Y perdona este alarde de vanidad.

Y ahora llegan aquí la clasificación que hago de tu voluble marido y mi cariñoso consejo.

Tu Pepe es de la raza de los *Tenorios*, sin las crueles desaprensiones del modelo. Si borras los desafueros de Don Juan, ¿qué trascendencia tendrían sus aventuras amorosas? Así las de tu marido. No ama: conquista por el gusto de conquistar, y va desde ésta a la de más allá, sin que guarde de ninguna mas que el recuerdo de los meses o del año que le duró la calentura. Y si siempre vuelve a ti, quizás con propósito de la enmienda, mira sus devaneos como si fueran de otro, con una total indiferencia, y perdónaselos.

Los hombres y las mujeres no están fabricados en igual turquesa, y muchos ponen en duda aquello de que nuestra madre Eva fué hecha de una costilla de nuestro padre Adán. Acerca de este particular, mi marido, el sabio doctor don Serapio Gobiendes, tiene su idea, y como no se para en barras cuando se trata de echar un discurso preñado de ciencia y estallante de citas, si lo oyes, te quedas convencida de que el hombre tiene que ser polígamo hasta que se verifique una feliz coyuntura traída por difícil casualidad, y se funda en la extraña teoría del filósofo español León Hebreo, según la cual nuestros primeros padres eran andróginos.

Sea lo que quiera, sigue mi consejo, no descabales tu conciencia y alguna vez que otra dedica un cariñoso recuerdo a tu amiga.—*Florentina*.

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



telepático, las frases que he murmurado llegaron claras y precisas a tus oídos, a riesgo de que hayan perdido su pristino candor.

—¡Válgame Dios!—habrás exclamado.— ¡Un señor respetable, a sus años...

Para la jaca, querida Filomena; no hagas los comentarios que te acuden al pensamiento, y damos punto a este escabroso tema.

Por estas asperezas de la vida caminaba tu amiga Florentina, resignada con lo que Dios quiso depararle, cuando le aconteció lo que vas a saber:

Volvíamos de una expedición a Guadarrama mi marido, dos discípulos de éste y tu servidora, y, de repente, el automóvil se precipita sobre un poste, por torpeza del conductor, quizás, y del choque salimos disparados. Gobiendes, ileso; sus dos amigos, contusos, y yo con heridas en la cabeza y un brazo roto. Como el pueblo estaba cerca, en él nos refugiáramos, merced a otro automóvil que por allí pasaba, y hallándose casualmente en dicho pueblo un médico conocido de Serapio, en sus manos me puse. No era torpe ni mucho menos el facultativo, pues, ayudado por Gobiendes, me compuso el

jer, una celosa inaguantable que le había hecho la vida imposible y puesto mil veces en ridículo. ¡Por causa de una escena de celos tremebunda, tuvo que refugiarse a todo andar el tren y huyendo de su conjunta, en un reservado de señoras, le tomaron por un ladrón y armaron la gran trapatiesta! ¿Qué te parece? ¡Las hay que a veces merecen un buen mamporro como tratamiento eficaz y curativo!

Te dije antes que Fortunato era de los que atraen y subyugan, y te dije poco. No quiero hablarte de su inteligencia, por todos reconocida. Lo que en él cautivaba, cifrábase en la hechura de su genio, siempre atento a adivinar las oscilaciones de mi alma para seguir las discretamente en su beneficio, de manera que las suyas y las mías parecieran idénticas, cual si brotasen del mismo manantial, y todo ello de verdad, espontáneo, sin artimañas de *así me lo quiere*. Era, en fin, uno de esos hombres destinados a enamorar mujeres. No comprendo cómo la suya le hizo triste la vida y no prescindió de su manía celosa para no perderle.

Apuesto doble contra sencillo que al

DIABOLINA

HACE muchos años vivían en un castillo un señor y una señora, que eran brujos.

Su sabiduría era inmensa, pues tenían cincuenta salas llenas de gruesos libros, que contenían todas las fórmulas cabalísticas y todos los secretos de magia habidos y por haber.

Así es que aquel matrimonio podía hacer lo que le daba la gana: desencadenar tempestades, helar o abrasar el mundo entero, transformar a las personas en animales, hacer desaparecer las cosas sólo con soplar, convertir la lumbre en hielo, hacer surgir una casa del suelo, ¡qué sé yo!

No obstante tanto poder, el matrimonio no era dichoso, pues solía emplear su sabiduría en hacer el mal, y ya sabéis que cuando no se es bueno, no es posible ser feliz.

Un día en que, para distraerse, el brujo miraba por una lente en la que se reflejaba todo lo que ocurría sobre la faz de la tierra, vió que en un país muy lejano, en una selva tupida, había una nena chiquitina abandonada al pie de un árbol. Consultó un espejito que todo lo sabía, y se enteró de que aquella niña era huérfana y había sido abandonada por unos tíos suyos, que no la querían mantener.

El brujo llamó a su mujer y le dijo:

—¿Sabes lo que se me ocurre? Vamos a recoger a esta niña. Le enseñaremos todos nuestros secretos de magia para que nos ayude a hacer el mal y para que nos fiere de cuando nosotros nos muramos.

La mujer lo aprobó. Se montó sobre la escoba que los brujos gustaban de utilizar en sus excursiones aéreas antes de que se inventasen los aeroplanos, y a los pocos segundos volvía de aquel país lejano con la niña en brazos.

Los brujos la pusieron por nombre Diabolina.

A medida que crecía, Diabolina se iba volviendo más bonita, más graciosa y más lista. Los brujos, aunque no la querían—eran incapaces de querer a nadie—, estaban encantados con ella, pues era tan inteligente y estudiosa, que llegó a aprenderse de memoria todos los libritos de las cincuenta habitaciones y a saber más que sus maestros en artes de magia y brujería.

Pero el matrimonio no tardó en tener una gran desilusión al comprobar que la niña era tan buena como lista y bella, mientras ellos consideraban la bondad como el peor de los defectos.

Así, por ejemplo, cuando se les ocurría desencadenar una tormenta para hundir en el mar algún barco y ahogar a todos los marineros, o hacer que cayese una buena granizada para echar a perder las mieses de los aldeanos, o gastar otras bromitas por el estilo, que eran su distracción predilecta, Diabolina, no solamente se negaba a ayudarles, sino que hacía cuanto podía por estorbar sus dañinos propósitos.

Entonces, los brujos empezaron a maltratarla y a pegarle a troche y moche, hasta el punto de que Diabolina resolvió huir de aquel castillo maldito.

Un día en que los brujos habían salido a esparcir males por el mundo, la niña saltó sobre un caballo que tenía las crines de oro, y partió a todo galopar.

En aquel momento estalló un campanilleo formidable. Era la campana del castillo, que estaba embrujada y repicaba sola para avisar a sus amos que ocurría algo anormal. Los brujos se apresuraron a volver, y, al ver el castillo vacío, el brujo saltó sobre una vaca que tenía los cuernos de plata, y echó a correr detrás de la fugitiva.

Pero Diabolina no necesitaba ya de los libros para saber emplear a tiempo todas las fórmulas cabalísticas que había aprendido. Al oír a su perseguidor, arrancó una crin de oro de su montura y se la arrojó al brujo, pronunciando no sé qué palabras misteriosas. Al punto, el viejo perdió la memoria de todo, y, no acordándose de lo que buscaba, volvió riendas y regresó al castillo.

—¿Pero no te la traes?—le gritó su mujer.

—¿A quién?—preguntó el otro como atontado.

La bruja lo comprendió todo, y, sin perder tiempo en explicaciones, puso una caldera llena de agua sobre la lumbre. Se elevó un vaho ligero, sobre el cual la vieja se sentó, y en esta forma salió disparada por la ventana en persecución de la muchacha.

Pero Diabolina sintió llegar por los aires aquella nube con la vieja encima. Arrancó otra crin del caballo y

se la arrojó, pronunciando otras palabras cabalísticas. Y he aquí que la nube se transforma en jaula, y la vieja en pájaro encerrado dentro.

Al oír las imprecaciones de la prisionera, nuestra diabólica Diabolina se retorcía de risa. Al fin consintió en devolverle la libertad, a cambio del juramento de no volverla a perseguir.

Ya libre, y cuando la bruja libertada hubo desaparecido, gruñendo y renegando, Diabolina echó pie a tierra e hizo surgir del suelo una casita muy mona, toda de oro macizo. Allí se instaló, dispuesta a vivir tranquilamente.

Pero, ¡ay!, no tardó en cundir en el pueblo vecino la noticia de que había aparecido de pronto cierta casa de

ro apenas agarró el picaporte, Diabolina gritó con voz resonante:

—¡Así tengas cogida esa puerta, y te tenga cogida ella a ti, hasta que amanezca!

Al punto, la puerta empezó a cerrarse y abrirse con violencia, sin parar, arrastrando al desdichado pretendiente, golpeándole contra la pared, haciéndole bailar una danza de todos los diablos. El solterón gritaba, suplicaba, amenazaba, lloraba, blasfemaba, pero no podía soltar la puerta; y Diabolina no le oía siquiera, pues se había acostado tranquilamente y dormía como un tronco.

Al amanecer, el corregidor, extenuado, deshecho, lamentable, pudo huir, como si hubiera tenido fuego en los calzones.

Aquella tarde, Diabolina se hallaba hilando ante su puerta, cuando vió llegar a un señor gordo, rubicundo y jovial, que se acercó sonriendo.

—Te aconsejo—le dijo—que vayas hilando tu traje de boda, pues soy el alcalde del pueblo y vengo a casarme contigo.

—Vuestra merced hace demasiado honor a una pobre chica como yo—contestó Diabolina.

—Eso significa que me niegas tu mano, ¿verdad, hermosa?—dijo el alcalde, sin dejar de sonreír—. En tal caso me bastará firmar un papelito para que te ahorquen sin retraso.

Al oír aquello, la pobre Diabolina dió un grito y corrió a refugiarse en la cuadra, parapetándose tras de una vaca. El señor alcalde la siguió, y para sacarla de allí agarró a la vaca por la cola. Al punto, Diabolina gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Así tengas a mi vaca cogida, y te tenga cogida ella a ti, hasta que, juntos, hayáis dado la vuelta al mundo.

En el mismo instante la vaca echó a correr, arrastrando tras ella al señor alcalde, agarrado a la cola, y en esta forma empezaron a recorrer pueblos y países, a saltar ríos, a franquear montañas. No cabe duda de que, al finalizar aquel viaje fantástico, el alcalde había de volver al pueblo considerablemente adelgazado y menos jovial. Pero Diabolina no esperó a comprobarlo. Sopló sobre la casa de oro, que desapareció como tragada por la tierra, y se alejó de aquellos lugares poco hospitalarios.

Al llegar cerca de la capital del país, hizo surgir de la tierra, no ya una casita, sino un palacio soberbio, rodeado por un parque frondoso y repleto de muebles deslumbrantes.

Un día pasó por allí el hijo del rey, que volvía de caza. Al ver aquel palacio, mucho más hermoso que el de su padre, frunció el entrecejo y entró resueltamente.

¿Acaso creéis que al hallarse frente a la linda bruja se apresuró a echar rodilla a tierra y a hacerle una rendida declaración? ¡Quia! ¡Nada de eso! Ni siquiera se fijó en ella.

—¿A quién pertenece este palacio?—preguntó duramente.

—A mí—contestó la joven sin inmutarse.

—¿Y con qué derecho te has permitido edificar semejante maravilla en las tierras de mi padre, el rey?

—Con el derecho del «abracadabra».

Pero el príncipe no entendía de brujerías.

—Mañana—dijo—vendrán unos soldados de parte de mi padre a incautarse de esta finca, que le pertenece, como todo lo que hay en este país.

Pero cuando al otro día llegaron los soldados del rey, en lugar de un palacio, solamente vieron una pobre casucha medio arruinada, y volvieron a dar cuenta a su soberano de este hecho sorprendente.

El rey se incomodó mucho, y regañó severamente a su hijo por lo que le parecía una burla sangrienta a Su Majestad.

El príncipe, atónito, corrió a cerciorarse en persona de la transformación del palacio, y se encontró... con que el palacio estaba igual que la víspera.

—O los soldados están locos, o esta mujer es una bruja—pensó—. La voy a coger por las orejas y la voy a llevar ante mi padre para que responda de su impostura.

Como la puerta estaba cerrada, empezó a escalar el muro, y al llegar arriba, ¡horror! se halló pegado a la piedra, sin poder moverse ni hacia adelante ni hacia atrás.

En aquel momento oyó una carcajada, y vió a Diabo-



oro, en la que vivía una forastera singular, de sorprendente belleza.

Y un día, Diabolina recibió la visita del señor corregidor, que era un hombre seco, amarillento y bilioso, de nariz ganchuda y mirada de tigre.

«Si la casa es de oro, ¡qué tesoros no han de contener sus paredes!», había pensado aquel solterón avaro. Y declaró a la joven que iba resuelto a casarse con ella.

Al oír aquello, Diabolina no pudo por menos de soltar una carcajada, y el señor corregidor la miró cual si sus terribles ojos hubieran tenido el poder de pulverizarla.

—Te advierto—le dijo, temblando de furor—que como no accedas a mi petición, te denuncio por bruja y te hago quemar viva.

La cosa valía la pena de pensarlo. Pero a Diabolina no se le vencía así como así.

—Me habéis convencido—dijo con una reverencia gentil—. Sólo os pido tengáis la bondad de cerrar esa puerta; hay corriente de aire y siento que me estoy constipando.

El corregidor, encantado, se apresuró a obedecer. Pe-

Una que se desternillaba de risa al verle en tan ridícula postura.

Estaba tan graciosa, que el príncipe se fijó en ella, y... y sucedió lo que estáis esperando, o sea que se enamoró locamente de ella.

—Perdóname todas mis maldades—suplicó tiernamente—. Déjame bajar de aquí y me casaré contigo.

Esta vez, Diabolina no protestó. Sus razones tendría,

y, entre otras, la de que el príncipe, en lugar de ser un solterón tacaño o un gordinflón hipócrita, era un joven hermoso y agradable, salvando su poquín de orgullo y de dureza.

Se casaron, pues, y vivieron en el hermoso palacio días de ventura sin fin, no solamente porque eran ricos y tuvieron muchos hijos, sino porque Diabolina aprovechó su ciencia mágica para hacer el bien en torno suyo,

protegiendo a los débiles, recompensando a los buenos y castigando con mil bromas, a cual más divertida, a los tontos presuntuosos, malos y crueles.

¡La lástima es que a estas horas habrá dejado de existir y no podrá seguir su obra bienhechora!

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

LA ROMA MEDIEVAL

He buscado una Roma que no suelen buscar los visitantes de la Roma actual, y no he sabido encontrarla. Me refiero a la Roma puramente medieval, víctima de la propia negación de su antigua grandeza. Pero ¿acaso existió realmente esa Roma? Voy a sentar una paradoja: Roma es una ciudad tan radicalmente pagana, que jamás ha podido aclimatarse en ella el cristianismo. Durante toda la Edad Media Roma atraviesa una infructuosa tentativa de cristianización. Es una Roma bárbara a la fuerza, una bella estatua violada por la soldadesca de los caudillos extranjeros, y cautiva en su campamento. Los últimos césares fueron bárbaros antes de sucumbir bajo el asalto de los godos y de los hérulos. Pero la Ciudad, en su esencia invisible, persistió fiel a sus orígenes. Y pasaron los siglos como un largo paréntesis entre los dos paganismos, el clásico y el del Renacimiento; como una transmisión de la púrpura entre Constantino y León X.

¿Podía sustraerse Roma a ese destino? Ninguno de los elementos capitales del cristianismo histórico alentaba en ella. Veámoslo.

El primer elemento era el semítico, el que llamaríamos hierosolimitano. En ese concepto, Roma tenía una radical y nativa inferioridad. Jerusalén lucía sobre el mundo cristiano con fulguración mucho más intensa. Su valor «epifánico» era incomparablemente mayor. Las Cruzadas erigieron a Jerusalén en la verdadera capital cristiana, tanto más irradiante y espiritual cuanto más inasequible. Volvió a ser la tierra prometida de la Escritura. Su cautividad en poder de los infieles hacía de ella una virgen raptada, bajo la guardia vigilante del dragón. ¿No envolverían el valor simbólico de Jerusalén las leyendas caballerescas de princesas por desencantar o rescatar? San Jorge parece una personificación de aquella gesta colectiva.

El segundo elemento histórico del cristianismo es el que llamaríamos alejandrino: la fusión entre el arte oriental y el griego. Lo que Alejandría fué para ese consorcio (o, si se quiere, contubernio), lo fué otra ciudad para el matrimonio entre el helenismo decadente y el cristianismo. Esa ciudad fué Constantinopla. Ella recibió la herencia del gran confundador de la nueva fe: San Pablo. Necesitábase una ciudad nueva para iniciar los nuevos tiempos. Precisaba, para ello, una virginidad histórica. El traslado de la Sede imperial desde Roma a Bizancio tiene esa trascendencia providencial. La Iglesia de Oriente fué el grado evolutivo imprescindible en esa transmigración del alma semítica, verdadero triunfo de Oriente contra Grecia y Roma, desquite de las victorias de Alejandro y Tito. La teología, arma temible del poder eclesiástico, nació en el solar de los sofistas. La primera noción de iglesia universal, el primer «ecumenismo», surgió en Nicea. La primera concreción arquitectónica

del templo cristiano fué oriental: fué el arte bizantino, con su filiación románica. La primera gran basilica cristiana con intenciones de hegemonía tuvo una dedicación ambiguamente significativa: Santa Sofía. Fué todavía platónica, aunque ya fuese cristiana.

El tercer elemento histórico del cristianismo fueron los bárbaros. Sólo ellos, almas rudas y primitivas, eran capaces de recibir, como un surco árido, la semilla nueva; ellos recibían el agua bautismal como ánforas vacías, y no como receptáculos llenos todavía del vino de la vida dionisiaca. Por eso el templo cristiano de Occidente, la catedral gótica, manifestación plena de que aquella semilla había sido fecunda, no tuvo tampoco en Italia su nacimiento ni su desarrollo.

Toda la Edad Media es una lucha entre Roma y el Poder bárbaro. De un lado, la Potencia güelfa; del otro, la gibelina. Italia alcanzó a ser bárbara. Roma no supo serlo jamás. Pero su propio güelfismo no podía subsistir más que identificándolo con la herencia clásica, universal, humana. El poder de los pontífices fluctuaba entre aquellas dos representaciones inconciliables: la clásica y la cristiana. Y no podía dar a esta última el sentido de «catolicidad» o universalidad que había tenido también aquella otra representación: la imperial, propiamente romana. ¿Por qué no podía? Porque el Imperio, potencia rival, le disputaba ese predominio. Y así el Papado llegó a extirparse voluntariamente su propia cualidad romana, emigrando al solar de Aviñón, porque Francia había asumido una representación güelfa, por odio a Alemania. Pero entonces Roma, que ya había apelado a su tradición senatorial contra papas y emperadores por el impulso de Crescencio, renovó su inmortal voluntad republicana por la voz de Rienzi, cuya muerte recuerda la de los Gracos.

El cuarto elemento histórico del cristianismo es el directamente evangélico. Su verdadera plasmación medieval es la escuela platónico-cristiana, representada singularmente por los franciscanos, y cuyas figuras más altas son, en Italia, además del Poverello de Asís, Petrarca y Marsilio Ficino. Ella opuso siempre una vindicación de espiritualidad contra la corriente de poder material y veleidad cesárea de los pontífices. En su manifestación más elevada, esa lucha es la del misticismo contra el dogmatismo; del espíritu contra la letra.

He buscado la huella mummiforme de esa Roma medieval, violenta y desnaturalizada. Apenas he podido hallarla.

La rivalidad originaria de Jerusalén dejó su rastro en la exaltación del culto de algunas reliquias, como los maderos atribuidos al Pesebre de Belén, bajo la

pompa gloriosa de Santa María Mayor; o los sangrientos peldaños de la *Scala Santa*, arrancados, según la tradición, al palacio de Pilatos, junto a la basilica de San Juan de Letrán.

La rivalidad bizantina se muestra en la curiosísima iglesia de Santa María in Cosmedin, fundada por griegos de Constantinopla hacia el siglo VI, sobre los cimientos de un templo de Hércules. Todavía se la llama vulgarmente *Bocca della Verità*, por un recuerdo de la práctica del juramento en la Edad Media. Frente a esa iglesia se levantó la rotonda que se conoce con el nombre de templo de Vesta; y esa antigüedad surge como un testimonio vivo de persistencia clásica.

El goticismo tiene en Roma un solo monumento: la exquisita iglesia de *Santa Maria sopra Minerva*, sepulcro de los dos papas Médicis, León X y Clemente VII; en ella está el Cristo de Miguel Angel (ya hablaremos del sentido religioso de Buonarroti). Los cimientos de esa iglesia sostuvieron el templo de Minerva erigido por Domiciano; y diríase que una divina transmigración hizo florecer en el nuevo templo virginal el sentido de feminidad impoluta que tuvo la Diosa Virgen de Atenas; y la iglesia parece transfigurarse como el rebrote de un rosal lauretano sobre las raíces del viejo rosal ático. Sin querer, el labio modula aquellos su-

blimes equívocos, mixtos de letanía e himno panatenaico, que balbuceaba Ernesto Renan en su *Plegaria sobre la Acrópolis*.

¿Dónde encontrar la Roma que se obstinaba en su antigua majestad durante los siglos bárbaros, y levantaba la cabeza oprimida por el yugo exótico? He mirado con ojos de evocador la mole del castillo de Sant'Angelo, y se me ha mostrado como el reduto de la voluntad clásica, hostigada por la barbarie; así he visto a Crescencio sucumbir bajo la irrupción de las hordas germánicas del emperador Otón, mientras su mujer era entregada al ultraje odioso de la soldadesca. No se había extinguido todavía esa representación de la gran Mole Adriana cuando desde ella el papa Clemente VII resistió contra la invasión sacrilega de los soldados de Carlos V, y Benvenuto, según la fama, dió muerte vengadora al condestable de Borbón.

Pero la verdadera representación de una Roma medieval está en San Juan de Letrán. Esta basilica, la de San Pedro y la de San Pablo son las tres grandes eminencias de la Roma eclesiástica. Vamos a ver su respectiva significación; y por contraste con ellas, se dibujará, en el fondo del cuadro, la silueta de una Roma mística, protestataria, con nueva voluntad de martirio.

Gabriel ALOMAR

LA MÁSCARA DE SHAKESPEARE

UN PLEITO LITERARIO

OTRA vez el huracán de las discusiones conmueve los cimientos en que se basa la gloria del actor Shakespeare. De todos es sabido que no hubo en la historia literaria nombre más traído y llevado que el del que tenemos hasta ahora por autor de *Hamlet*.

Entre las hipótesis alzadas para establecer la verdadera paternidad de las obras atribuidas a Guillermo Shakespeare, las hay para todos los gustos. Una de las que más crédito alcanzaron fué la contenida en el libro publicado en 1919 por el profesor del Colegio de Francia, Abel Lefranc, con el título de «*Sous le masque de William Shakespeare, William Stanley, sixième comte de Derby*».

Las obras representadas o publicadas bajo el nombre del cómico de Stratford no podían ser creaciones suyas por haberse reconocido era casi iletrado, sino de un aristócrata inglés que por alguna razón quiso permanecer oculto. ¿Por qué razón? Según la hipótesis de Lefranc, un conde de Derby, por ser sucesor eventual de la reina Isabel y tener en tales esperanzas un peligro de muerte, no podía descubrirse como autor de obras donde hormigueaban alusiones al conjunto de los problemas políticos, cuyo verdadero nudo eran la incierta legitimidad, la decadencia o la desaparición de Isabel.

De una parte, resulta demasiado enigmática la figura de un Shakespeare, pobre y humilde actor, que acepta sin protestar todas las paternidades dramáticas que le prestan los impresores de su tiempo; que, a pesar del afán con que defien-

de sus ganancias, pues hace encarcelar por unos pocos chelines a un compañero de su infancia, no escribe nunca ni versos de circunstancias ni provechosas dedicatorias; y que tan indiferente se muestra con la gloria, que en su testamento nada dispone de sus obras ni de sus ediciones.

De otra, si no fastase con el interés, ya apuntado, que el sexto conde de Derby tenía para callar, era condición de la nobleza de aquel tiempo sentir gran repugnancia en dejar conocer su talento, y si había nobles que escribían obras de mérito, unos las destruían y otros, si las publicaban, era sin su nombre. Además, está probado el hecho de que William Stanley escribiese comedias.

Mas he aquí que cuando esta hipótesis parecía adquirir más fuerte prestigio, surge de improviso una nueva aportación al literario pleito, con la que se remozaba otro de los viejos alegatos: el que defiende el nombre de Francisco Bacon.

El general Cartier, jefe, durante la guerra, de los servicios criptográficos del ejército, desde las páginas del *Mercurio de France* ha dado cuenta de los descubrimientos hechos por el coronel Fabian, jefe del servicio de criptografía del ejército americano, y sus dos colaboradoras, Isabel y Catalina Wells. Estos descubrimientos parecen aportar la solución definitiva del enigma shakespeariano, esclareciendo dos vidas estrechamente unidas: la del canciller Francisco Bacon y la de Isabel de Inglaterra, llamada la Reina Virgen.

trata de un documento en el que, en cifra, se contiene nada menos que la autobiografía de Bacon. La vida de Shakespeare, es decir, si el documento no miente, del propio biógrafo. Bacon, nacido de los amores secretos de la reina Isabel y el conde de Leicester, ocupó el lugar del hijo que diera muerto lady Ana Bacon, que a los dos de todos pasó por su madre. Ya adolescente, conoció su origen, pues en una escena violenta con la reina, ésta, en un momento de cólera, dejó escapar la siguiente confesión: «Sois mi propio hijo; yo aunque seáis un espíritu vivo y superior, no dominaréis ni a Inglaterra ni a nuestra madre, y no reinaréis».

Desterrado Bacon a la corte de Francia, ama allí a Margarita de Valois, hermana del rey de Francia y esposa del Enrique de Navarra. No puede verla calma la preferencia de su madre hacia el segundo hijo que tuvo con el conde Leicester, hecho más tarde conde de Essex, y para olvidar su infortunio dedica a las letras.

El documento dice: «Quisiera poder escribir obras en un estilo muy elevado, fueran igualmente apropiadas a la presentación sobre la escena y a la lectura en las bibliotecas».

Añade: «Sería innecesario tomar disposiciones adecuadas—hasta publicando obras que parecieran destinadas únicamente al placer de los lectores—y hallar bellos nuevos, desconocidos de los más cultos, para poder comunicar cosas valiosas».

Y más adelante dice: «Disimulé varios importantes secretos en mis poemas, pidiéndolos unas veces bajo los nombres de Spenser; otras, bajo mi propio nombre; otras, bajo el nombre de otros autores que escribían para el mundo de los lectores de misceláneas, de poesía y de poesía. Bajo el nombre de Robert Greene firmé la mayor parte de este trabajo... Utilicé también el nombre de Shakespeare antes de tomar el de Wm. Shakespeare, de modo que permaneciese desconocido, pues habiendo escrito obras de historia dramática, que son las más severamente perseguidas, hubiera corrido un peligro tan grande, que una palabra acerca de la reina Isabel me hubiera costado, indudablemente, válido un terrible fin, una salida sin vuelta».

No se dice que todas las obras de los autores citados sean de Bacon, sino únicamente que tomó sus nombres para aquellas que él creía no deber firmar.

El documento está cifrado por un procedimiento imaginado por Bacon durante su permanencia en Francia, es decir, entre 1576-1579, y descrito por primera vez en una obra publicada en Londres con su

nombre en 1605: *Advancement of Learning*.

La publicación de este documento ha removido hasta en sus cimientos el viejo pleito literario armado en torno a la obra shakespiriana, y ya se anuncia un libro de Julio d'Auriac, en el que se asignará a cada obra el nombre de su verdadero autor.

Lo cierto es que los contemporáneos del hombre de Stratford colocábanle como autor muy por bajo de Bacon, de

Ben Jonson, de Beaumonte, de Fletcher y de otros muchos autores, y él mismo no debió tenerse en mucho, cuando, encontrándose a los cuarenta y seis años suficientemente enriquecido por la usura, que parece ser cultivaba con más interés y con más provecho que el teatro, abandonó la literatura, y ya hemos dicho cómo al morir para nada se acordó de que había sido autor dramático.

J. GARCIA MERCADAL

TEMAS URBANOS

EL SEGUNDO TROZO

UNA advertencia previa: no se trata de ningún trozo de carne ni de salchichón; se trata del segundo trozo de la Gran Vía madrileña, que ya está ahí, vivo, pimpante, abierto, aunque no inaugurado oficialmente.

Ni falta que hace. Esto es, precisamente, lo que yo quiero decir; y si la iniciativa del ciudadano consciente tuviera alguna vez valor en el desarrollo de la cosa pública, ese trozo, que es una maravilla urbana, no se inauguraría nunca.

En las últimas horas de la tarde, varios espíritus románticos nos dedicamos a pasear por la hermosa calzada que va desde la Red de San Luis a la naciente plaza del Callao. Los edificios espléndidos, algunos de ellos semiterminados, van alzándose poco a poco, con alturas rascacielos—¿qué tal la palabra?—, dando un tono neoyorkino a esa parte de la ciudad que antaño fué un barranco voluptuoso.

El pavimento, terminado ya, es como una pista, no diremos de patines, por no exagerar, pero sí de automovilismo, y el hecho de que las aceras no estén iniciadas es un aliciente más, pues pone la pradera natural al lado de la vía urbana.

No hay alumbrado, y en cuanto las sombras de la noche empezaban a caer, toma el paisaje un tinte romántico que, sobre todo en las noches de luna, llega a sobrecoger.

Por esa y por muchas otras razones, el segundo trozo de la Gran Vía es ahora cuando está en el estado perfecto en que deben permanecer las calles. Como todavía no se permite el paso de carruajes, no hay que temer el atropello, ni la nube de polvo, ni el bocinazo antipático, ni la salpicadura de barro en los días

de lluvia, ni el camión—esa inquisición moderna del camión—, que se os echa encima y os obliga, al huir de él, a echaros encima de una «moto» con side-car o de una carreta con un par de bueyes.

Si es en la hora gentil y luminosa de la primera mañana, cuando hacéis vuestro recorrido por la nonnata vía, no hay cuidado de que, desde un balcón traicionero o desde un ventanal aleve, os sacudan encima todo el contenido de una alfombra o la mugre almacenada durante veinticuatro horas entre la selva de pelos de un felpudo. Las casas, deshabitadas aún, guardan el silencio y la discreción de todo lo que está vacío, y el polvillo del yeso o de la cal, que, procedente de las manipulaciones de los albañiles, llega a veces a acariciar vuestra pituitaria desde las casas en construcción, no puede ser nunca una ofensa: yeso, cal, arena, materias puras de la naturaleza que aún no han sufrido la contaminación que se deriva del contacto humano; hay que acogerlas como se acoge el yodo que emana de las aguas del mar cuando rompe sus olas en la playa, o como la resina de los pinos en medio de las umbrías del bosque.

No hay aún en ese segundo trozo de la reforma urbana nada que atente contra la higiene o contra la tranquilidad de los nervios: tabernas, bares, círculos literarios...; no hay tampoco, que yo sepa, ninguna casa de juego! ¿Qué más se puede pedir? Si esa no es la ciudad ideal de Tomás Moro, o por lo menos un trozo de ella, no sé para cuándo veremos convertirse en realidad las ciudades ideales.

Pasa todavía muy poca gente por la calzada nueva; las cosas exquisitas, las manifestaciones elevadas del espíritu, han sido siempre patrimonio de unos

pocos, y en este caso esa relativa ausencia de gente no deja de ser una ventaja. No son de temer, gracias a ella, encuentros importunos, tropiezos con la punta del sable de algún amigo, punta sabia que va siempre derecha al corazón; por aquello de que encima del corazón suele tener el chaleco un bolsillo; latas de pelmazos que no saben de qué hablar, pero se creen obligados a hablar de algo, confidencias que no os interesan... Nada de eso hay todavía en el segundo trozo.

Los que pasamos por él parecemos pagados por la Empresa constructora para que hagamos un ensayo general, con casi todo, de circulación urbana; hasta ahora los ensayos van bastante bien, y es de esperar que cuando llegue la primera representación todo saldrá de la mejor manera.

¡Triste momento el de esa primera representación! La civilización, que corrompe en seguida todo lo que construye, se encargará de corromper su obra, y los espíritus románticos, cuando tengamos que ir de la Red de San Luis al barrio de Santo Domingo, nos meteremos por la calle del Desengaño, nombre que no dejará de ser simbólico.

Joaquín BELDA

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara Tungstam (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. LAMPARA TUNGSTAM; Montero, 10, teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.
Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimas novedades:

El Caballero Audaz: LO QUE SÉ POR MI (6.ª serie), 5 pesetas.
Hernández Catá: PELAYO GONZÁLEZ (novela), 6.ª y definitiva edición, 5 pesetas.
Antiguada: EL LADRON HIDALGO (nuevas aventuras de Pedro Moro), 3 pesetas.
Lady Flowers: LA HERMOSURA POR LA HIGIENE (libro de gran utilidad para las señoras), 4 pesetas.
Kant: EL PERRO DE SIR JHON KNITT (novela), 1 peseta.

Libros recientes:

Verona: MIMI BLUETTE (novela), 5 pesetas.
G. Carrillo: EL EVANGELIO DEL AMOR (novela), 5 pesetas.
Oteiza: ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS, 4 pesetas.

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES
Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-65

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
SUCESESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS.
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.241

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

TURBINAS
para cualquier salto y caudal.—Establecimiento Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20. — MADRID

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO



LUZ

MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA

TRIUNFO

Al por mayor:

DOLFO HIELSCHER. Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: San Agustín, 2.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

C. Flores

R. Leónis

Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz

Ofelia
de Aragón

C. Ortas

Óperas

Zarzuelas

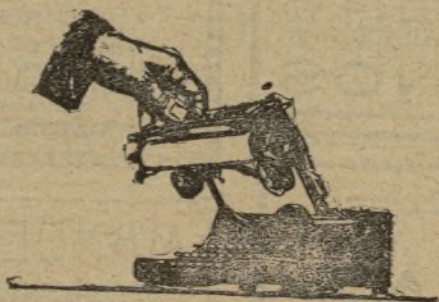
Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a

FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

CORONA

La máquina de
escribir perfecta

Se dobla como
— un libro —



Sólo cuesta
500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter Co. Groton
GASTONORGE C. A. - Sevilla, 16. - MADRID

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

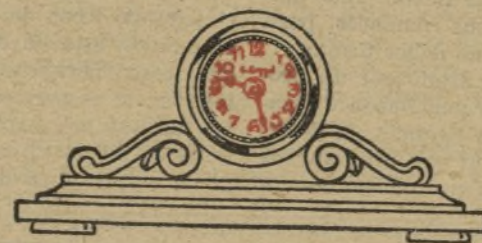
UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Carlos Coppel

Fábrica de
relojes. 6
Fuencarral, 27
Madrid.

A cada reloj
acompaña
certificado de
garantía.

Rotado
Rivas

